

## SUMARIO

# áfrica en américa

- 3 Esta revista...
- 7 José Luciano Franco / La presencia negra en el Nuevo Mundo.
- 23 Julio Le Riverend / Afroamérica.
- 32 Roger Bastide / África en Brasil.
- 42 Alfred Metraux / Orígenes e historia de los cultos vodú.
- 63 Fernando Ortiz / La cocina afrocubana.
- 70 Nicolás Guillén / Nación y mestizaje.
- 76 Elías Entralgo / La mulatización cubana.
- \*
- 81 Aimé Césaire / De Lumumba o una temporada en el Congo.
- 92 René Depestre / Aforismos y parábolas del Nuevo Mundo.
- \*
- 98 José Luis González / Los primeros novelistas negros norteamericanos.
- 115 Manuel Galich / El indio y el negro, ahora y antes.
- 128 José A. Benítez / África y América Latina: paralelo entre dos continentes.

---

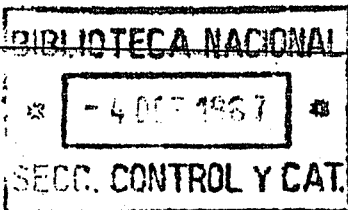
### documentos

- 142 W. E. B. DuBois / Los combates espirituales de los negros de Norteamérica.
- 147 Jacques Roumain / Quejas del hombre negro.
- 154 Aimé Césaire / De Discurso sobre el colonialismo. 154-167
- 169 Frantz Fanon / Antillanos y africanos.
- 174 Malcolm X / Discurso en The Militant Labor Forum.

---

### libros

- 183 Eduardo E. López Morales / Voces de protesta de los negros en Estados Unidos.
- 186 Salvador Bueno / Raza, color y literatura antillana.



Casa de las Américas  
Nº 36-37 (Mayo-Agosto 1966) Año VI

## SUMARIO

### libros

- 190 Reinaldo García Ramos / La novelista y sus veranos.  
194 Orlando Alomá / El premio de Enrique Lihn.  
196 Natividad González Freire / Heroica de Buenos Aires.
- 

### artes plásticas

- 199 José Ayllón / Exposición de La Habana 1966.  
201 Graziella Pogolotti / Conversación con Lea Lublin.
- 

### notas

- 203 Lisandro Otero / El escritor en la Revolución cubana.  
209 José Ardévol / Caturla a los sesenta años de su nacimiento.
- 

### 217 al pie de la letra

---

- 221 Últimas actividades de la Casa de las Américas.
- 

- 223 Colaboradores / Temas.
- 

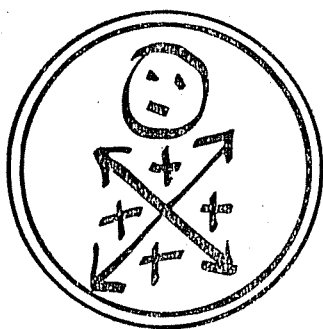
Entré las páginas 202 y 203, pliego gráfico con reproducciones de las obras que recibieron premios y menciones en la Exposición de La Habana - 1966.

---

son privados del derecho al voto y de toda participación en la vida pública. Es en Estados como Carolina del Sur, Louisiana, Alabama, Georgia o la Florida, con un porcentaje de electores que comprende, respectivamente, cuarenta y dos treinta y seis y veintinueve por ciento de negros, donde se nota la eliminación política más brutal. Si desea votar, el negro es linchado por los republicanos, si osa ser demócrata, o por los demócratas, si desea ser republicano. Desprovisto de todos sus derechos, ¿por quién es defendido el negro? ¿Qué mano se tiende hacia el Intocable? Cualquiera sea la opinión que se tenga sobre o contra el comunismo, la legalidad ordena reconocer que sólo este partido ha incluido en su programa y en su acción práctica la plena legalidad del negro: su derecho a la liberación económica, política y social. Hombres como James Ford, nieto de un linchado, obrero con formación universitaria, antiguo combatiente de la gran guerra, presentado por su partido en la candidatura para vice-presidente de los Estados Unidos, o un joven héroe como Angelo Herndon, simbolizan al negro nuevo, resuelto, consciente de su joven fuerza, y que, en la fraternidad del combate, ha ligado su destino al del obrero blanco. No es mi propósito el abrir aquí un debate político. Pero, personalmente, saludo la nobleza y la talla de la labor emprendida por hombres de buena voluntad, ayer hermanos enemigos, hoy reconciliados sobre las ruinas de los prejuicios, por una nueva Abolición de la Esclavitud y por la reconstrucción del mundo.

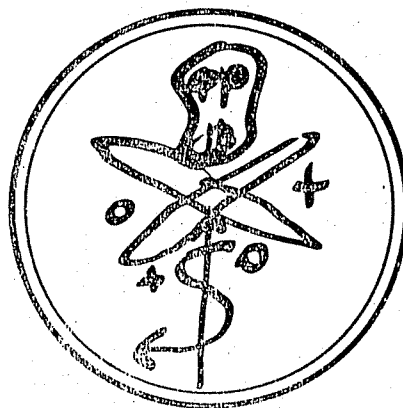
(Aparecido en el volumen *L'homme de couleur*, Collection *Présences*, Plon, París, 1939).

(Traducción de Reinaldo García Ramos)



# de discurso sobre el colonialismo

**AIME  
CESAIRE**



Una civilización que se muestra incapaz de resolver los problemas que su funcionamiento suscita, es una civilización decadente.

Una civilización que decide cerrar los ojos a sus problemas cruciales, es una civilización enferma. Una civilización que escamotea sus principios, es una civilización moribunda.

El hecho es que la civilización llamada «europea», la civilización «occidental», tal como la configuran dos siglos de régimen burgués, resulta incapaz de resolver los dos mayores problemas a que su existencia misma ha dado origen: el problema del proletariado y el problema colonial; que, llamada a comparecer ante el tribunal de la «razón» o el de la «conciencia», esta Europa se revela impotente para justificarse; y que, a medida que pasa el tiempo, se refugia en una hipocresía tanto más

odiosa cuanto menos posibilidades tiene de engañar a nadie.

Europa es indefendible.

Esta parece ser la conclusión que se confían al oído los estrategas norteamericanos.

Eso, en sí mismo, no es grave.

Grave resulta que Europa sea moral y espiritualmente indefendible.

Y hoy día ocurre que no son sólo las masas europeas las que la incriminan, sino que, en escala mundial, esta misma acusación es proferida por decenas y decenas de millones de hombres que desde lo más profundo de la esclavitud se erigen en jueces.

Pueden asesinar en Indochina, torturar en Madagascar, encarcelar en el África Negra y arrasar en las Antillas. En lo adelante, los colonizadores sabrán que tienen por sobre los colonialistas una ventaja. Saber que sus «amos» circunstanciales mienten.

De modo que son débiles sus amos.

Y ya que tengo que hablar de colonización y de civilización, vayamos directo a la mentira principal a partir de la cual proliferan todas las demás. ¿Colonización y civilización?

En este asunto, la más común de las desgracias es la de servir de hazmerreír de una hipocresía colectiva, hábil en eso de plantear mal los problemas para mejor legitimar las detestables soluciones que se les brindan.

Esto es tanto como decir que aquí lo esencial es ver claro, pensar claro (léase peligrosamente) y responder claro a la inocente pregunta inicial: ¿qué es en principio la colonización? Ponerse primero de acuerdo en lo que no es: ni evangelización, ni empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, o de la tiranía, ni propagación de Dios, ni difusión del Derecho; admitir, de una vez y por todas, sin tratar de evadir las consecuencias, que aquí la última palabra la dicen el aventurero y el pirata, el gran almacenista y el armador, el buscador de oro y el comerciante, el apetito y la fuerza, seguidos de la sombra amenazadora y maléfica de una forma de civilización que en un momento de su historia se descubre íntimamente obligada a ex-

tender al plano mundial la competencia de sus economías antagónicas.

Siguiendo con mi análisis, yo creo que la hipocresía data de fecha reciente; que ni Cortés cuando descubre México desde lo alto del gran *teocalli*, ni Pizarro frente al Cuzco (mucho menos Marco Polo frente a Cambaluc), se quejan de ser los proveedores de un orden superior: que maten, que saqueen; que lleven cascos, lanzas y codiciosos propósitos; que los impostores vinieron después; que el máximo responsable de esto es el pedantismo cristiano, por haber planteado las deshonestas ecuaciones de *cristianismo = civilización*, *paganismo = salvajismo*, de las que no podían por menos que desprenderse abominables consecuencias colonialistas y racistas cuyas víctimas serían los indios, los amarillos y los negros.

Aclarado esto, admito entonces que poner en contacto las diferentes civilizaciones es bueno; que es excelente casar mundos distintos; que una civilización, cualquiera que sea su íntimo genio, al replegarse en sí misma, se marchita; que el intercambio sirve en este caso de oxígeno, y que la gran suerte de Europa está en haber servido de enrucijada, y que, por haber sido centro geométrico de todas las ideas, receptáculo de todas las filosofías, albergue de todos los sentimientos, se ha convertido en el mejor de los generadores de energía.

Ahora bien, yo hago la siguiente pregunta: ¿es que en realidad la colonización ha *puesto en contacto*? O, si se prefiere, de todas las formas de *establecer contacto*, ¿era ésta la mejor?

Yo digo que no.

Y digo que de la *colonización* a la *civilización* la distancia es infinita; que, de todas las expediciones coloniales acumuladas, de todos los estatutos coloniales elaborados, de todas las circulares ministeriales expedidas, no sale airoso ni un solo valor humano.

Había que estudiar primero cómo trabaja la colonización para *descivilizar* al colonizador, para embrutecerlo, en el sentido exacto de la palabra, para degradarlo, para despertarlo a sus escondidos instintos, a la codicia, a la violencia, al odio racial, al relativismo moral, y demostrar que, cada vez

que en Viet Nam cortan una cabeza o sacan un ojo y en Francia se acepta, violan a una muchacha y en Francia se acepta, sacrifican a un malgache y en Francia se acepta, un logro de la civilización pende con peso muerto, una regresión universal se opera, una gangrena se instala, un foco de infección se extiende, y al final de todos esos tratados violados, de todas esas mentiras propagadas, de todas esas expediciones punitivas toleradas, de todos esos prisioneros atados e «interrogados», de todos esos patriotas torturados, al final de ese orgullo racial enardecido, al final de esa jactancia desplegada, está el veneno inoculado en las venas de Europa, y el progreso lento, pero seguro, de la *salvajización* del continente.

Y entonces, un buen día, la burguesía se despierta de una sacudida formidable: gestapos muy atareadas, prisiones repletas, torturadores que inventan, refinan y discuten junto a sus torniquetes.

Uno se extraña, se indigna. Uno dice: «¡Qué raro! ¡Pero, bah! ¡Es el nazismo, ya pasará!» Y uno aguarda, y uno espera; y uno se oculta a sí mismo la verdad: que se trata de una barbarie, pero de la barbarie suprema, la que corona, la que resume la cotidianeidad de las barbaries; que es el nazismo, sí, pero que antes de ser víctima se ha sido cómplice; que a ese nazismo se le ha soportado antes de sufrirlo, que se le ha absuelto, que se han cerrado los ojos frente a él, que se le ha justificado, porque, hasta ese momento, sólo había actuado contra pueblos no europeos; que ese nazismo ha sido cultivado, que uno es el responsable, y que, antes de engullirlo en sus rojizas aguas, se filtra, penetra, gotea, por las rendijas de la cristiana civilización occidental.

Sí, valdría la pena estudiar, clínicamente, en detalle, los pasos dados por Hitler y el hitlerismo, y enterar al muy distinguido burgués del siglo XX de que lleva dentro de sí a un Hitler ignorado, que Hitler lo *habita*, que Hitler *es su demonio*, que si él, burgués, lo vitupera, no es más que por falta de lógica, y que, en el fondo, lo que no perdona a Hitler no es *el crimen* en sí, *el crimen contra el hombre*, no es *la humillación del hombre en sí*, sino el crimen contra el hombre blanco, la humillación del hombre blanco, y el haber aplicado a Europa procedimientos colonialistas contra los que

se alzaban hasta ahora sólo los árabes de Argelia, los culíes de la India y los negros del África.

Y es ése el gran reproche que hago al seudohumanismo: el de haber aminorado por demasiado tiempo los derechos del hombre, el haber tenido sobre ellos y mantener aún un criterio estrecho y parcelario, parcializado y parcial y, en fin de cuentas, sórdidamente racista.

He hablado mucho de Hitler. Es que él se lo merece: él permite ver claro y entender que la sociedad capitalista, en su estado actual, es tan incapaz de fundamentar uno solo de los derechos de la gente, como impotente se declara de fundamentar una moral individual. Quiérase o no, al final de ese callejón sin salida que es Europa —es decir, la Europa de Adenauer, de Schuman, Bidault y otros— está Hitler. Al final del capitalismo, ansioso de sobrevivirse, está Hitler. Al final del humanismo formal y del renunciamiento filosófico, está Hitler.

Y es entonces cuando me viene a la mente una de sus frases: «Aspiramos, no a la igualdad, sino a la dominación. El país de raza extranjera deberá convertirse en país de siervos, de jornaleros agrícolas o de trabajadores industriales. No es cuestión de suprimir las desigualdades entre los hombres, sino de ampliarlas y hacerlas ley».

Esto suena terminante, altanero, brutal y nos sitúa en pleno y aullante salvajismo. Pero bajemos un escalón.

¿Quién habla? Vergüenza me da decirlo: es el *humanista* occidental, el filósofo «idealista». Que se llame Renan, es pura coincidencia. Que esto provenga de un libro titulado *La réforme intellectuelle et morale*, que haya sido escrito en Francia al día siguiente de terminada una guerra que, porque Francia lo quiso, fue del derecho contra la fuerza, es algo que dice mucho de las costumbres burguesas.

La regeneración de las razas inferiores o bastardas por las razas superiores, entra en el orden providencial de la humanidad. El hombre del pueblo es casi siempre, entre nosotros, un noble desclasado, su pesada mano está hecha más para el manejo de la espada que del instrumento servil. Prefiere el combate al

trabajo, es decir, que regresa a su estado primero. *Regere imperio populos*, he ahí nuestra vocación. Vuélquese esta devorante actividad sobre países que, como China, claman por la conquista extranjera. Con los aventureros que alteran la sociedad europea hágase un *ver sacrum*, un enjambre como el de los francos, los lombardos o los normandos, y estaremos dando a cada uno su papel. La naturaleza ha hecho una raza de obreros, la raza china, de maravillosa destreza manual y sin casi ningún sentido del honor; gobiérnesela con justicia extrayéndole, en aras de tal gobierno, un jugoso beneficio para la raza conquistadora, y se dará por satisfecha; raza de trabajadores de la tierra es el negro; séase bueno y humano con él y todo irá bien; raza de amos y de soldados es la raza europea. Redúzcase a esta noble raza a trabajar en la ergástula como negros o chinos, y se rebelará. Toda rebelión es más o menos, en nosotros, un soldado que no ha seguido su vocación, un ser hecho para la vida heroica, y que se está aplicando a *tareas contrarias a su raza*, mal obrero y demasiado buen soldado. Luego la vida que subleva a nuestros trabajadores haría feliz a un chino o a un fellah, seres que no son en modo alguno militares. *Haga cada uno aquello para lo que ha sido hecho, y todo irá bien.*

¿Hitler? ¿Rosenberg? No, Renan.

Pero bajemos todavía otro escalón. Y es el político verboso. ¿Quién protesta? Nadie, que yo sepa, cuando Albert Sarraut, el sermonear a los alumnos de la Escuela colonial, les enseña que sería pueril oponer a las empresas de colonización europeas «un pretendido derecho de ocupación y no sé qué otro derecho a un aislamiento huraño que perennizaría en manos incapaces la vana posesión de riquezas ociosas».

¿Y quién se indigna al oír a un cierto R. P. Barde asegurar que los bienes de este mundo, «si permanecieran indefinidamente repartidos, como ocurriría caso de no haber colonización, no responderían ni a los designios de Dios, ni a las justas exigencias de la colectividad humana?» Sin olvidar, como afirma su colega en cristianismo, el R.P. Muller, «que la humanidad no debe ni puede tolerar que la incapacidad, la incuria y la pereza de los pueblos salvajes dejen indefinidamente ociosas las riquezas

que Dios les ha confiado con la misión de ponerlas al servicio del bien común».

Nadie.

Esto es, ningún escritor patentado, ningún académico, ningún predicador, ningún político, ningún cruzado del derecho y de la religión, ningún «defensor de la persona humana».

Y sin embargo, por boca de los Sarraut y de los Barde, de los Muller y de los Renan, por boca de todos los que juzgaban y juzgan lícito aplicar a los pueblos extraeuropeos, y en beneficio de naciones más fuertes y mejor equipadas, «una especie de expropiación por razones de utilidad pública». ¡ya era Hitler quien hablaba!

¿Adónde quiere llegar? A lo siguiente: que nadie coloniza inocentemente, que nadie coloniza tampoco impunemente; que una nación que coloniza, que una nación que justifica la colonización —y por tanto la fuerza— es ya una civilización enferma, una civilización moralmente minada que, irremisiblemente, de consecuencia en consecuencia, de negación en negación, clama por su Hitler, o sea por su condena.

Colonización: cabeza de playa en una civilización de la barbarie por donde, en cualquier momento, puede infiltrarse la negación simple y llana de la civilización.

He sacado de la historia de las expediciones coloniales algunos rasgos que en otra parte cito con toda minuciosidad.

Esto es algo que no ha tenido la dicha de complacer a todo el mundo. ¡Imagínense! Era como ponerse a sacar viejos esqueletos del armario.

¿Pero es que era inútil citar al coronel de Montagnac, uno de los conquistadores de Argelia?

«Para ahuyentar las ideas que a veces me asedian, hago cortar cabezas y no precisamente cabezas de alcachofas, sino de hombres.»

¿Era acaso conveniente negar la palabra al conde de Herison?

«Es cierto que traemos un barril lleno de orejas recogidas de par en par entre los prisioneros, amigos o enemigos.»

¿Habría que rehusar a Saint Arnaud el derecho a hacer su bárbara profesión de fe?

«Arrasamos, incendiamos, saqueamos, destruimos las casas y los árboles.»

¿Impedir al mariscal Bugeaud que sistematizara todo esto en una audaz teoría que reclamaba a los grandes antepasados?

«Hace falta en África una gran invasión por el estilo de lo que hacían los francos y lo que hacían los godos.»

¿Había, en fin, que dejar caer en el olvido la memorable acción de armas del comandante Gérard y no decir nada sobre la toma de Ambuke, una ciudad que, a decir verdad, jamás había pensado en defenderse?

«Los tiradores sólo tenían orden de matar a los hombres, pero no se les pudo contener; embriagados por el olor de la sangre, no perdonaron a una sola mujer ni a un solo niño. A la caída de la tarde, por efecto del calor, se extendió una ligera niebla: era la sangre de las cinco mil víctimas, la sombra de la ciudad, que se evaporaba al sol poniente.»

¿Si no son ciertos estos hechos? ¿Y la sádica voluptuosidad, el goce indescriptible que nos le erizan el lomo a Loti cuando tiene en la punta de sus anteojos de oficial una buena masacre de anamitas?

¿Cierto o falso?<sup>1</sup> Y siendo ciertos estos hechos, como nadie puede negar, ¿se dirá entonces, para minimizarlos, que esos cadáveres no prueban nada? Por mi parte, si he mencionado algunos detalles de esas pavorosas carnicerías, no lo he hecho buscando una morbosa delectación, sino porque pienso que de esas cabezas de hombres, de esas recogidas de orejas, de esas casas quemadas, de esas invasiones góticas, de esa sangre humeante, de esas ciudades que se evaporan al filo de la espada, no nos desharemos tan fácilmente. Todo esto prueba que la colonización, repito, deshumaniza aun al más civilizado

<sup>1</sup> Se trata del relato de la toma de Thouan-An publicado en el *Figaro*, en septiembre de 1883, y citado en el libro de N. Serban: *Loti, sa vie, son oeuvre*.

«Comenzaba la gran matanza. ¡Se había organizado un fuego simultáneo! Y daba gusto ver cómo aquellos racimos de balas, tan fácilmente dirigibles, se abatían sobre ellos dos veces por minuto, precedidos de la voz de mando metódica y segura... Se veía a algunos completamente enloquecidos, que se reincorporaban presos del vértigo de correr... Hacían zig-zags a lo largo de aquella carrera de la muerte; era cómico cómo se les alzaba la ropa hasta las caderas... y después nos entreteníamos contando los muertos, etc.»

de los hombres; que la acción colonial, la empresa colonial, la conquista colonial, basada en el desprecio al hombre indígena y justificada por ese desprecio, tiende inevitablemente a modificar al que la emprende; el colonizador que, para irse haciendo a la idea, se habitúa a ver en el otro a *la bestia* y a tratarlo como bestia, tiende objetivamente a transformarse él mismo en *bestia*. Es este hecho, esta regresión de la colonización lo que yo quería señalar.

¿Parcialidad? No. Es que hubo un tiempo en que estos mismos hechos eran motivos de orgullo, un tiempo en el que no se tenía pelos en la lengua. Una última cita; la tomo de un tal Carl Siger, autor de un *Essai sur la colonisation*:<sup>2</sup>

«Los países nuevos constituyen un vasto campo abierto a actividades individuales y violentas que, en las metrópolis, chocarían con ciertos prejuicios, con una concepción prudente y metódica de la vida, y que, en las colonias, pueden desarrollarse con mayor libertad, y afirmar mejor, en consecuencia, su valor. De este modo las colonias pueden, hasta cierto punto, servir de válvula de escape a la sociedad moderna. Si ésta fuera la única ventaja, ya sería inmensa.»

En realidad, hay faltas que no está en manos de nadie reparar y que no se han terminado nunca de expiar.

Pero hablemos de los colonizados.

Sé muy bien qué es lo que la colonización ha destruido: las admirables civilizaciones indias, y que ni Deterding, ni Royal Dutch, ni Standard Oil me consolarán por los aztecas ni por los incas.

Sé muy bien de aquellas —condenadas a muerte— en las que esa misma colonización ha introducido el principio de la ruina: Oceanía, Nigeria, Niasa. Sé menos de lo que ha aportado.

¿Seguridad? ¿Cultura? ¿Jurismo? Mientras tanto, observo y veo, dondequiera que se encuentran frente a frente colonizadores y colonizados, la fuerza, la brutalidad, la crueldad, el sadismo, el choque y, como parodia de formación cultural, la fabricación en serie de unos cuantos miles de funcionarios subalternos, sirvientes, artesanos, em-

<sup>2</sup> Carl Siger: *Essai sur la colonization*. París, 1907.

pleados de comercio e intérpretes, necesarios a la buena marcha de los negocios.

He hablado de contacto.

Entre colonizador y colonizado no hay lugar sino para la servidumbre, la intimidación, la presión, los policías, el impuesto, el robo, la violación, las culturas obligatorias, el menosprecio, la desconfianza, la altanería, la suficiencia, la grosería de élites descerebralizadas y masas envilecidas.

Ningún contacto humano, sino relaciones de dominación y de sumisión que transforman al hombre colonizador en vigilante, en sargento, en mayoral, en azote, y al hombre indígena en instrumento de producción.

Ahora me toca a mí plantear una ecuación: *colonización = cosificación*.

Oigo venir la tormenta. Me hablan de progreso, de «realizaciones», de enfermedades curadas, de niveles de vida elevados por encima de sí mismos. Yo hablo de sociedades vaciadas de sí mismas, de culturas pisoteadas, de instituciones carcomidas, de tierras confiscadas, de religiones ultimadas, de magnificencias artísticas aniquiladas, de extraordinarias *posibilidades* suprimidas.

Me bombardean con hechos, estadísticas, kilómetros de carreteras, de canales y de vías férreas.

Yo hablo de millares de hombres sacrificados en el Congo-Océano. Hablo de los que, en el momento en que escribo, están cavando a mano el puerto de Abidjan. Hablo de los millares de hombres arrancados de sus dioses, de sus tierras, de sus costumbres, de su vida, de la vida, del baile, de la sapiencia.

Hablo de millares de hombres en los que hábilmente se ha inculcado el miedo, el complejo de inferioridad, el temblor, el arrodillamiento, la desesperación, el lacayismo.

Me ofrecen el dato exacto de toneladas de algodón o de cacao exportadas, de hectáreas de olivos o de viñas plantadas.

Yo hablo de *economías* naturales, de *economías* armoniosas y viables, de *economías* a la medida del hombre indígena, desorganizadas, de necesarias siembras destruidas, de sub-alimentación instalada, de desarrollo agrícola únicamente orien-

tado en beneficio de las metrópolis, de saqueo de productos, de saqueo de materias primas.

Yo hablo también de abusos, pero para decir que a los de antes —muy reales— se han superpuesto otros —muy detestables. Me hablan de tiranos locales puestos a buen recaudo, pero yo verifico que, en general, se las entienden muy bien con los nuevos y que, entre éstos y los de antes y viceversa, se establece, en detrimento de los pueblos, un circuito de buenos oficios y de complicidad.

Me hablan de civilización, y yo hablo de proletarización y de mistificación.

Yo, por mi parte, hago la apología sistemática de las civilizaciones paraeuropeas.

Cada día que pasa, cada juicio ignorado, cada paliza policíaca, cada reclamación obrera ahogada en sangre, cada escándalo sofocado, cada incurción punitiva, cada carro del C.R.P., cada policía y cada soldado nos hacen pagar el precio de nuestras viejas sociedades.

Eran sociedades comunitarias, no de todos para unos cuantos.

Eran sociedades no sólo antecapitalistas, como se ha dicho, sino también anticapitalistas.

Eran sociedades democráticas, también.

Eran sociedades cooperativas, sociedades fraternales.

Hago la apología sistemática de sociedades destruidas por el imperialismo.

Ellas, que eran el hecho, que no pretendían en lo absoluto ser la idea, que no eran, a pesar de sus defectos, ni odiosas ni condenables. Se conformaban con ser. Ante ellas no tenían sentido palabras como *fracaso* o *avatares*. Era que conservaban, intacta, la esperanza.

Mientras que eran éstas las únicas palabras aplicables, con toda honestidad, a las empresas europeas fuera de Europa. Mi único consuelo es que las colonizaciones pasan, que las naciones no permanecen mucho tiempo en el letargo, y que los pueblos quedan.

Dicho esto, parece como que en ciertos medios descubrieran en mí a un «enemigo de Europa» y profeta del retorno al pasado *ante-europeo*.

Por mi parte, yo busco inutilmente en qué momento pude pronunciar tales palabras; cuándo se me



ha visto subestimar la importancia de Europa en la historia del pensamiento humano; cuándo se me ha oído predicar un *retorno*, cualquiera que éste sea; cuándo se me ha visto pretender que pudiera haber *retorno*.

La verdad es que dije algo muy distinto: a saber, que el gran drama histórico del África ha sido menos su contacto demasiado tardío con el resto del mundo que la manera en que se ha operado ese contacto; que es en el momento en que Europa cae en manos de los financieros y de los capitanes de la industria más carentes de escrúpulos que Europa se «propaga»; que nuestra desdicha ha querido que sea esa Europa la que nos hayamos tropezado en el camino y que sea Europa responsable ante la comunidad humana del mayor montón de cadáveres de la historia.

Por otro lado, juzgando la acción colonizadora, agregué que Europa ha sabido sacar muy buen partido de todos los feudales nativos que aceptaban ponerse a su servicio; urdir con ellos una viciosa complicidad; hacer más efectivas y eficaces sus tiranías; y que su acción ha tendido ni más ni menos que a prolongar artificialmente la supervivencia de los pasados locales en lo que de más pernicioso éstos tenían.

Dije —y es muy distinto— que la Europa colonizadora ha injertado abuso moderno en la antigua injusticia; odioso racismo en la vieja desigualdad. Que si de lo que se trata es de seguir contra mí un proceso de intención, yo mantengo que la Europa colonizadora es desleal cuando legitima a *posteriori* la acción colonizadora apoyándose en evidentes progresos materiales experimentados en ciertos terrenos bajo el régimen colonial, si se tiene en cuenta que la *mutación brusca* es siempre posible, en la historia como fuera de ella; que nadie sabe qué estado de desarrollo material hubieran alcanzado esos mismos países sin la intervención europea; que el equipamiento técnico, la reorganización administrativa, la «europeización», en una palabra, de África o de Asia, no estaban —como lo muestra el ejemplo japonés— ligados en modo alguno a la *ocupación* europea; que la europeización de los continentes no europeos podía no haberse realizado bajo la bota de Europa;

que ese movimiento de europeización *estaba siendo*; que ha resultado incluso retardado; que en todo caso ha sido falseado por la intromisión de Europa.

Prueba de esto es que, en la actualidad, son los nativos de África y Asia los que reclaman escuelas y que es la Europa colonizadora la que las niega; que es el hombre africano el que pide puertos y carreteras, que es Europa colonizadora la que, en este sentido, regatea; que es el colonizado el que quiere marchar hacia adelante, que es el colonizador quien le corta el paso.

Yendo aún más allá, no me oculto para decir que, en la actualidad, la barbarie de Europa occidental es increíblemente grande, sólo sobrepasada, y ampliamente, por otra: la *norteamericana*.

Y no hablo de Hitler, ni del mayoral, ni del aventurero, sino del «buena gente» de al lado; ni del S.S., ni del gangster, sino del cumplido burgués. El candor de Leon Bloy se indignaba antaño porque estafadores, perjuros, falsificadores, ladrones y proxenetas fueran los encargados de «llevar a las Indias el ejemplo de la virtud cristiana».

El progreso radica en que hoy es el poseedor de la «virtud cristiana» quien se agencia —y con mucha maña— el honor de administrar en ultramar según los procedimientos de esbirros falsificadores.

Señal de que la crueldad, la mentira, la corrupción y la bajeza han prendido maravillosamente en el alma de la burguesía europea.

Repito que no hablo de Hitler, ni de los S.S., ni del *progrom*, ni de la ejecución sumaria. Sino de aquella reacción sorprendida, de aquel reflejo admitido, de aquel cinismo tolerado. Y, si hacen falta pruebas de aquella escena de histeria antropofágica que tuve oportunidad de presenciar en la Asamblea Nacional francesa.

Caramba, mis queridos colegas (como suele decirse), permítanme saludarlos (saludo de antropófago, claro está).

¡Imaginense! ¡noventa mil muertos en Madagascar! ¡Indochina pisoteada, triturada, asesinada, a fuerza de torturas sacadas del fondo de la Edad Media! ¡Y qué espectáculo! ¡Aquel escalofrío de goce que renovaba el grato sopor! ¡Aquellos cla-

mores salvajes! Bidault con su cara de hostia sacramentada, la antropofagia beata y santurrona; Teitgen, endemoniado camorrista, Aliborón del descerebramiento —la antropofagia de las Pandectas; Moutet, la antropofagia marrullera, la gansada altisonante y aserrín en la cabeza. Coste Floret, la torpe antropofagia de elefante en locería.

¡Inolvidable, señores! Con bellas frases solemnes y frías como bandas de honor amarran a nuestro malgache. Con algunas otras ya convenidas nos le apuñalan. En lo que tarda enjugarse el gajnate nos lo destripan. ¡Lindo trabajo! ¡No se perderá ni una gota de sangre!

Esos que empinan el codo y no bautizan. Esos que, como Ramadier, se embarran —a la silena— el rostro; Fonlup-Esperaber,<sup>3</sup> que se almidona su bigote de viejo-galo-carirredondo; el viejo Desjardins, inclinado sobre los efluvios de la cuba, jalándose como con vino dulce. ¡La violencia! la de los débiles. Dato curioso: no se pudren por la cabeza las civilizaciones. Primero es el corazón.

Confieso, por la salud de Europa y de la civilización, que esos «¡mata! ¡mata!» y esos «que eche sangre» eructados por el viejo tembloroso y el jovencito alumno de sus Papacitos, me impresionan mucho más que los más sensacionales asaltos a las puertas de un banco parisino.

Y fíjense que esto de excepcional no tiene nada. Por el contrario, la regla es la chabacanería burguesa. Esa chabacanería que se respira desde hace un siglo. Uno la ausculta, la sorprende, la olfatea, la sigue, la pierde, la vuelve a encontrar, la ahuyenta y ella sigue exhibiéndose, cada vez más nauseabunda. ¡Ah! El racismo de esos señores no me veja. No me indigna. Tan sólo lo reconozco. Lo verifico, eso es todo. Casi estoy reconocido de que se exprese y salga a la luz el signo. Signo de que a la intrépida clase que se lanzó antaño a tomar las Bastillas se le aflojaron las piernas. Signo de que se siente mortal. Signo de que se siente cadáver. Y del comatoso balbuceo del cadáver salen cosas por el estilo de ésta:

No había sino mucha verdad en aquel primer movimiento de los europeos que *se negaban*,

<sup>3</sup> Buena persona, en el fondo, como después se ha visto, pero que se acaloró aquel día.

*en el siglo de Colón, a reconocer como sus iguales a los degradados hombres que poblaban el nuevo mundo...* No habrían podido fijar ni un instante sus ojos en el salvaje sin leer el anatema escrito, no ya en su alma, sino hasta en la forma externa de su cuerpo.

Y lo firma Joseph de Maistre.

(Esto es de la hornada mística).

Y de eso sale esto:

«Desde el punto de vista seleccionista, yo consideraría enojoso el enorme incremento numérico de elementos amarillos y negros que resultarían así de una difícil eliminación. Si de todos modos la sociedad futura se organiza sobre una base dualista, *con una clase dólico-rubia dirigente y una clase de raza inferior confinada a la mano de obra más tosca*, es posible que este último papel concierne a elementos amarillos y negros. En ese caso, además, no serían ya una molestia, sino una ventaja para los dólicos-rubios... *No debemos olvidar que [la esclavitud] no es más anormal que la domesticación del buey o del caballo*. Es pues posible que reaparezca en el futuro bajo una forma cualquiera. Esto se producirá, quizás hasta inevitablemente, si no interviene la solución simplista: una sola raza superior, nivelada por selección».

Esto es de la hornada científicista y lo firma Lapouge.

Y de eso sale esto (ahora la hornada literaria):

«Sé que debo considerarme superior a los pobres bayas de la Mamberé. *Sé que debo sentir el orgullo de mi sangre. Cuando un hombre superior deja de creerse superior, deja en efecto, de ser superior...* Cuando una raza superior deja de creerse raza elegida, deja, en efecto, de ser elegida.»

Y lo firma Psichari-soldado-de-África.

Traducido a la jerga periodística se lee algo a lo Faguet:

El bárbaro, después de todo, es de la misma raza que el romano y el griego. Es primo hermano. El Amarillo o el Negro, no es en modo alguno primo nuestro. Aquí sí que existe una diferencia cierta, una muy cierta y gran distancia: la *etnológica*. Después de todo, hasta este momento no han sido sino Blancos quienes han hecho la civilización... Si Europa se vuelve amarilla, se experimentará sin duda 161

una regresión, un nuevo período de oscurantismo y de confusión, es decir, una segunda Edad Media.

Y después, más abajo, aún más abajo, en el fondo de la fosa, más abajo de lo que puede descender la pala, el señor Jules Romain, de la Academia Francesa y de la *Revista de Ambos Mundos* (no importa, claro, que el señor Farigoule cambie de nombre una vez más y se haga llamar aquí Salsette para mayor comodidad). Lo esencial es que el señor Jules Romain llegue a escribir lo siguiente:

No acepto discusiones sino con gente que consienta en plantearse la hipótesis siguiente: en una Francia que tenga sobre su suelo metropolitano diez millones de negros, de los cuales cinco o seis millones se concentran en el valle de la Garonne, ¿no iba el prejuicio racial a alcanzar nunca a nuestras valientes poblaciones del Sudoeste? ¿Se hubiera aceptado mansamente la idea de devolver todos los poderes a esos negros, a esos hijos de esclavos? . . . He tenido la oportunidad de ver frente a mí a una veintena de negros puros. . . Ni siquiera me detendré a reprochar a nuestros negros y negras que mastiquen chicle. Sólo haré notar. . . que ese movimiento tiene como resultado llamar la atención sobre sus mandíbulas y que las evocaciones que se nos ocurren nos llevan más cerca de la selva ecuatorial que de la procesión de las Panateneas. . . La raza negra no ha dado todavía y no dará nunca un Einstein, un Stravinsky o un Gershwin.

Comparación idiota por comparación idiota: puesto que el profeta de la *Revista de Ambos Mundos* y de otras partes nos invita a paralelismos «distanciantes», que permita entonces al negro que yo soy pensar —nadie es dueño de sus asociaciones de ideas— que su voz tiene menos relación con la encina e incluso con el caldero de Dodona, que con el bramido de los asnos de Missouri. . .

Una vez más hago la apología sistemática de nuestras viejas civilizaciones negras: eran civilizaciones cortesanas.

Y bien, me dirán, el problema está en cómo volver a serlo. No, lo repito. Nosotros no somos hombres de «o está o aquello». Para nosotros, el problema no está en una utópica y estéril tentativa de reducción, sino en una superación. No se trata de

que queramos hacer revivir una sociedad muerta. Eso se lo dejamos a los aficionados al exotismo. Ni de que queramos seguir prolongando la actual sociedad colonial, la más pestilente que se haya podrido nunca bajo el sol. Lo que nos hace falta es crear —con la ayuda de todos nuestros hermanos esclavos— una sociedad nueva, rica en toda la potencia productiva moderna, cobijada en toda la antigua fraternidad.

De que esto es posible, la Unión Soviética nos da algunos ejemplos. . .

Pero volvamos al señor Jules Romain.

No puede decirse que este burguesito no haya leído nada. Por el contrario, ha leído todo y todo lo ha devorado.

Sólo que su cerebro funciona por el estilo de ciertos aparatos digestivos elementales. Filtra. Y el filtro no deja pasar sino aquello que sirve para cebar la buena conciencia burguesa.

Los vietnamitas, antes de la llegada de los franceses a su país, eran gente de cultura vieja, exquisita y refinada. Ese recuerdo hace sentirse indispuerto al Banco de Indochina. ¡Conecten el olvidador!

¿Esos malgaches, hoy torturados, eran hace menos de un siglo poetas, artistas y administradores? ¡Sío! ¡Cállense la boca! ¡Y el silencio se hace profundo como una caja fuerte! ¡Menos mal que quedan los negros! ¡Ah, los negros! ¡Hablemos de los negros! Bueno, pues hablemos.

¿De los imperios sudaneses? ¿De los bronce de Benin? ¿De la escultura shongo? Como no; eso nos distraerá de tantas sensacionales pacotillas como las que adornan tantas capitales europeas. De la música africana. ¿Por qué no?

Y de lo que han dicho, de lo que han visto los primeros exploradores. . . ¡No de esos que comen en la mano de las Compañías! ¡Sino de los Elbée, de los Marchais, de los Pigafetta! ¡Y de Frobenius! Eh, ¿saben ustedes quién es Frobenius? Y leemos juntos: «¡Civilizados hasta la médula de los huesos! La idea del negro bárbaro es una invención europea».

El burguesito no quiere seguir escuchando. Sacude las orejas para espantar la idea.

La idea, mosca importuna,

Así pues, camarada, te serán enemigos —de modo sonoro, lúcido y consecuente— no sólo gobernadores morbosos y prefectos sangrientos, no sólo flagelantes colonos y banqueros golosos, no sólo políticos lamecheques y jueces al portador, sino, de forma semejante y a igual título, acibarados periodistas, académicos gotosos dolarizados de tontería, etnógrafos metafísicos y rugientes, teólogos fantasiosos y belgas, intelectuales cotorreros, engendros infectos del muslo de Nietzsche, los paternalistas, los besucones, los corruptores, los que dan palmaditas en el hombro, los aficionados al exotismo, los divisionistas, los sociólogos agrarios, los lisonjeros, los mistificadores, los impostores, los intrigantes y, en general, todos aquellos que, desempeñando su papel en la sórdida división del trabajo defensora de la sociedad occidental y burguesa, intentaban por vías diversas y por diversión infame desmembrar las fuerzas del progreso —a riesgo de negar la posibilidad misma del progreso—, todos secuaces del capitalismo, todos paladines declarados o vergonzantes del piratesco imperialismo, todos responsables, todos odiosos, todos negreros, todos en lo adelante deudores de la agresividad revolucionaria.

Y bárrame a todos los oscurantistas, a todos los inventores de subterfugios, a todos los charlatanes mistificadores, a todos los peritos de la jerigonza. Y no intentes saber si esos señores están personalmente bien o mal intencionados, si actúan de buena o de mala fe, si son personalmente, es decir, en su íntima conciencia de Pedro o Pablo, colonialistas o no, porque lo esencial es que su muy aleatoria y subjetiva buena fe, no guarda ninguna relación con el alcance objetivo y social del flaco servicio que nos hacen como perros de presa del colonialismo.

Y siguiendo el mismo orden de ideas, cito, a título de ejemplos (tomados a propósito de disciplinas muy distintas):

—De Geourou, su libro *Les pays tropicaux*, donde, en medio de apreciaciones justas, la tesis fundamental se revela parcial e inaceptable: que no ha habido nunca gran civilización que fuera tropical; que no ha habido gran civilización que no fuera de clima templado; que, en todo país tropical, el germen de la civilización viene y no puede venir

sino de otro foráneo, extratropical, y que sobre los países tropicales pesa, a falta de la maldición biológica de los racistas, cuando menos, y con las mismas consecuencias, una no menos eficaz maldición geográfica.

—Del R.P. Tempels, misionero y belga, su filosofía bantú considerablemente farragosa y metafísica, pero descubierta en forma muy oportuna, como por otros el hinduismo, para jugarle una mala pasada al «materialismo comunista», que amenaza, según parece, con hacer de los negros «vagabundos morales».

—De los historiadores o de los novelistas de la civilización (son la misma cosa), no de tal o cual historiador, sino de todos o de casi todos, su falsa objetividad, su chovinismo, su racismo solapado, su viciosa pasión por negar a las razas no blancas, especialmente a las razas melanesias, todo mérito, su monomanía de acaparar en provecho de la suya toda gloria.

—Los sicólogos, sociólogos, etc., con sus opiniones sobre el «primitivismo», sus investigaciones dirigidas, sus interesadas generalizaciones, sus especulaciones tendenciosas, su insistencia en el carácter al margen, el carácter «aparte» de los no-blancos, su negación, en aras de la causa —al tiempo que cada uno de esos señores apela, para acusar con toda suficiencia la endebles del pensamiento primitivo, al más rotundo racionalismo—, su bárbara negación de la frase de Descartes, carta de universalismo: que «la razón... existe completa en cada uno» y «que sólo aparece de más o de menos en los accidentes, no así en las formas o naturalezas de los individuos de una misma especie».

Pero no vayamos demasiado aprisa. Vale la pena seguir a alguno de estos señores.

No me extenderé sobre el caso de los historiadores, ni sobre el de los egiptólogos, por ser el caso de los primeros muy evidente y, en el de los segundos, porque su mecanismo de mistificación ha sido definitivamente puesto al descubierto por Cheikh Anta Diop en su libro *Nations nègres et culture*

—el más audaz que un negro haya escrito hasta 163

ahora y que contará, sin lugar a dudas, para el despertar de África.<sup>4</sup>

Retrocedamos hasta el señor Gourou exactamente. ¿Tengo necesidad de decir desde qué altura el eminentísimo contempla a los pueblos indígenas, que «no han tomado parte alguna» en el desarrollo de la ciencia moderna? Y que no es del esfuerzo de esos pueblos, de su lucha liberadora, de su combate concreto por la vida, la libertad y la cultura que él espera la salvación de los países tropicales, sino del buen colonizador; teniendo en cuenta que la ley es explícita en cuanto a que «son los elementos culturales preparados en las regiones extratropicales los que aseguran y asegurarán el avance de las regiones tropicales hacia una población más numerosa y una civilización superior».

Dije que había ideas justas en el libro del señor Gourou: «El medio tropical y las sociedades indígenas», escribe, pasando balance a la colonización, «han sufrido la introducción de técnicas mal adaptadas de la servidumbre del transporte hu-

<sup>4</sup> Cf. Cheikh Anta Diop: *Nations nègres et Culture*, colección «Presencia Africana», 1955. Habiendo Herodoto afirmado que los egipcios no eran primitivamente sino una colonia de los etíopes; y habiendo repetido lo mismo Diodoro de Sicilia, agravado en su caso por el hecho de haber retratado a los etíopes de modo tal que no es posible confundirse. (*Plerique omnes* —para citar la traducción latina— *nigre sunt colore, facie sima, crispis capillis*; libro III, cap. 8), resultaba sumamente importante rebatirlos. Admitido esto, y habiéndose fijado deliberadamente como meta casi todos los sabios occidentales arrebatar Egipto al África, aun cuando no pudieran siquiera ofrecer explicaciones, había varios medios de lograrlo: el método Gustavo Le Bon, afirmación brutal y descarada: «Los egipcios son camitas, es decir, blancos como los lidios, los getulos, los moros, los númidas o los bereberes», el método Maspero, consistente en vincular, contra toda verosimilitud, la lengua egipcia a las lenguas semíticas, especialmente a las del tipo hebraico-araabeo, de donde se desprende la conclusión de que los egipcios no podían ser sino semitas en sus orígenes; el método Weigall, geográfico éste, según el cual la civilización egipcia no podía por menos que haber nacido en el Bajo Egipto y de allí haber pasado al Alto Egipto, remontando el río... en vista de que descenderlo no podía (*sic*). Se comprenderá que la secreta razón de esta imposibilidad radica en que el Bajo Egipto está próximo al Mediterráneo y por lo tanto, a las poblaciones blancas, mientras que el Alto Egipto se halla cerca del país de los negros.

En este sentido, y para oponerlas a la tesis de Weigall, no deja de ser interesante recordar las ideas de Scheinfurth (*Au coeur de l'Afrique*, t. I), sobre el origen de la flora y la fauna egipcia, que él sitúa «a cientos de millas río arriba».

mano, del trabajo forzado, de la esclavitud, del trasplante de trabajadores de una región a otra, de cambios súbitos del medio biológico, de condiciones especiales nuevas y menos favorables». ¡Qué hazaña! ¡Qué cara la del rector! ¡Qué cara la del ministro cuando lea esto! Ya está; se nos acobardó Gourou; va a decirlo todo; empieza: «Los países cálidos típicos tropiezan con el siguiente dilema: estancamiento económico y protección de los indígenas, o desarrollo económico provisional y regresión de los indígenas». «Señor Gourou, ¡eso es muy grave! Le advertí en serio que lo que se está jugando es su carrera.» Entonces nuestro Gourou decide andar derecho y no aclarar que, si el dilema existe, no existe más que dentro del marco del régimen existente; que, si esta antinomia constituye una ley de bronce, no es sino la ley de bronce del capitalismo colonialista, luego de una sociedad no sólo perecedera, sino en vías ya de perecer.

¡Cuán impura y secular geografía!

Si hay algo mejor, es del R. P. Tempels. ¡Que saqueen, que torturen en el Congo, que el colonizador belga le eche el guante a todas las riquezas, que mate toda libertad, que oprima toda rebeldía —vaya en paz, que el reverendo Padre Tempels da su venia. ¡Pero cuidado! ¿Va usted al Congo? Respete, no digo la propiedad indígena (las grandes compañías belgas podrían tomarlo como piedras en su camino) no digo la libertad de los indígenas (los colonos belgas podrían suponer propósitos subversivos), no digo la patria congoleña (quizá al gobierno belga no le parecería nada bien), yo digo: Va al Congo, ¡respete la filosofía bantú!

«Sería realmente insólito», escribe el R. P. Tempels, «que el educador blanco se obstinara en matar en el hombre negro su espíritu humano propio, ¡esta única realidad que nos impide considerarlo un ser inferior! Sería un crimen de lesa humanidad, de parte del colonizador, privar a las razas primitivas de lo valioso, de lo que constituye un núcleo de verdad en su pensamiento tradicional, etc.»

¡Cuánta generosidad, Padre! ¡Y cuánto celo! Así, pues, sepan que el pensamiento bantú es

esencialmente ontológico; que la ontología bantú está asentada sobre las nociones verdaderamente esenciales de fuerza vital y de jerarquía de fuerzas vitales; en una palabra, que para el bantú el orden ontológico que define el mundo viene de Dios<sup>5</sup> y, como decreto divino que es, debe respetarse.

¡Admirable! Con esto todo el mundo sale ganando: grandes compañías, colonos, gobierno; todos menos el bantú, naturalmente.

Como el pensamiento de los bantúes es ontológico, los bantúes no piden más que satisfacciones de orden ontológico. ¿Salarios decentes? ¿Viviendas confortables? ¿Comida? Les digo que esos bantúes son unos espíritus puros: «Lo que desean, antes que todo y por encima de todo, no es el mejoramiento de su situación económica o material, sino el reconocimiento por parte de los blancos y el respeto a su dignidad de hombres, a su pleno valor humano».

En suma, un cortés saludo a la fuerza vital bantú, un guiño al alma inmortal bantú. ¡Y en paz!

¡Confiesen que sale bien!

En cuanto al gobierno, ¿de qué se va a quejar?, dice el R. P. Tempels con evidente satisfacción, si «los bantúes nos han considerado, a nosotros los blancos, y esto desde el primer contacto, desde su único punto de vista posible, el de la filosofía bantú» y «nos han ubicado dentro de su jerarquía de seres-fuerza, en un escalón muy elevado».

Dicho de otra forma, hagan que a la cabeza de la jerarquía de las fuerzas vitales se coloque el blanco y especialmente el belga, y más especialmente aún Alberto o Leopoldo, y estará ganada la partida. Se obtendrán maravillas como ésta: *el Dios bantú será fiador del orden colonialista belga y resultará sacrilego todo bantú que se atreva a levantar su mano contra éste.*

En lo que respecta al señor Mannoni, sus consideraciones sobre el alma malgache y su libro, merecen que se le tenga en alta estima.

Sígasele paso a paso en las vueltas y revueltas de sus jueguitos de magia y se verá cómo nos demuestra, tan claro como el agua, que la colonización

<sup>5</sup> Es claro que aquí atacamos no a la filosofía bantú, sino a la utilización que algunos, con fines políticos, tratan de darle.

está basada en la psicología; que hay por el mundo grupos de hombres que padecen, no se sabe cómo, de un complejo que habría que llamar complejo de dependencia; que esos grupos están síquicamente hechos para la dependencia; que necesitan de la dependencia, que la postulan, que la reclaman, que la exigen; que ése es el caso de la mayor parte de los pueblos colonizados, en particular de los malgaches.

¡Maldito racismo! ¡Maldito colonialismo! Apesta demasiado su barbarie. El señor Mannoni tiene algo mejor: el psicoanálisis. Sazonado con existencialismo, los resultados son asombrosos: a los más maltrechos lugares comunes se les cambia la suela y quedan como nuevos; los más absurdos prejuicios se explican y legitiman; y, como por arte de magia, la gimnasia se convierte en la magnesita. Oíganlo mejor:

El destino del occidental comporta obligación de obedecer al mandamiento: *Dejarás a tu padre y a tu madre.*

Esta obligación es incomprensible para el malgache. Todo europeo, en determinado momento de su desarrollo, descubre en sí el deseo... de romper sus lazos de dependencia, de igualarse a su padre. ¡El malgache jamás! No sabe de rivalidades con la autoridad paterna, de «protesta viril» o de inferioridad adleriana, pruebas por las que debe pasar el europeo y que son como las formas civilizadas... de los ritos de iniciación mediante los cuales se alcanza la virilidad...

¡Pero no se dejen intimidar por las sutilezas del vocabulario y las terminologías novedosas! Ya ustedes conocen la letanía: «los-negros-son-niños-grandes». La cogen, la visten, la emperifollan y el resultado es mannoni. Se lo repito, ¡tranquilícense! A la salida puede parecerles un poco duro, pero cuando lleguen verán cómo se encuentran de nuevo con todo el equipaje. Nada va a faltarles, ni siquiera la célebre *carga del hombre blanco*. Así que escuchén: «Mediante esas pruebas (reservadas al occidental [A.C.]), se vence el miedo infantil al abandono y se adquiere libertad y autonomía bienes supremos y también cargas del occidental».

¿Y el malgache?, dirán ustedes. Raza servil y artera, diría Kipling. El señor Mannoni diagnos-

tica: «el malgache ni siquiera intenta imaginarse semejante situación de abandono... No desea ni autonomía personal ni libre responsabilidad». (Vamos hombre, ustedes saben. Esos negros ni siquiera se imaginan qué es la libertad. Ni la desean ni la reclaman. Los que les meten eso en la cabeza son los agitadores blancos. Y, si se les diera, no sabrían ni qué hacer con ella).

Si le recordáramos al señor Mannoni que los malgaches, sin embargo, se han rebelado en varias oportunidades después de la ocupación francesa, e incluso últimamente, en 1947, el señor Mannoni, fiel a sus premisas nos explicará que no se trata más que de comportamientos puramente neuróticos, de una locura colectiva, de reacciones de amok; que, por otra parte, en estas circunstancias, no era cuestión para los malgaches de salir a la conquista de bienes reales, sino de una «seguridad imaginaria», lo que indica a las claras que la opresión de que se quejan es una opresión imaginaria. Tan rotunda, tan demencialmente imaginaria, que no sería injusto hablar de una monstruosa ingratitud, de típico estilo fidjiano, que quema la tendera del capitán que le ha curado las heridas.

Que, si emprendemos la crítica del colonialismo que acorrala en su desesperación a las más pacíficas poblaciones, el señor Mannoni nos explicará que, después de todo, el responsable *no es el colonialista blanco*, sino los malgaches colonizados. ¡Qué diablos! ¡Tomaban a los blancos por dioses y esperaban de ellos todo lo que puede esperarse de la divinidad! Que si encontramos que el tratamiento aplicado a la neurosis malgache ha sido un poco rudo, el señor Mannoni —él tiene una respuesta para todo— nos probará que las famosas brutalidades de que se habla han sido notablemente exageradas, que se trata de pura ficción... neurótica, que las torturas eran torturas imaginarias aplicadas por «verdugos imaginarios». En cuanto al gobierno francés, se mostró al parecer singularmente moderado, porque se contentó con arrestar a los diputados malgaches cuando debía haberlos ajusticiado, si hubiera querido respetar las leyes de una sana psicología.

Yo no exagero nada. Es el señor Mannoni quien habla:

Siguiendo las vías clásicas, estos malgaches transformaban a sus santos en mártires, y en víctimas propiciatorias a sus salvadores; querían lavar sus imaginarios pecados en la sangre de sus propios dioses.

Estaban decididos, aun a ese precio, o mejor dicho, *sólo a ese precio*, a modificar una vez más su actitud. Se diría que uno de los rasgos de esta psicología dependiente es que, ya que nadie puede tener dos amos, acepta que uno de los dos se *sacrifique* al otro. El sector más confundido de los colonialistas de Tananarive comprendía vagamente lo esencial de esta psicología del sacrificio, y reclamaba sus víctimas. Asediaban al Alto Comisariado asegurando que, si se les concedía la sangre de algunos inocentes, «todo el mundo quedaría satisfecho». Esta actitud, humanamente deshonrosa, *estaba basada en una visión de conjunto bastante justa de los conflictos emocionales por los que atravesaba la población de las altas mesetas.*

De ahí a declarar absueltos a los colonialistas ávidos de sangre no hay, por supuesto, más que un paso. ¡La «psicología» del señor Mannoni es tan «desinteresada» y tan «libre» como la geografía del señor Gourou o la teología misionera del R. P. Tempels!

Y he ahí la cautivadora unidad de todo esto, la perseverante tentativa burguesa de reducir los problemas más humanos a nociones cómodas y vacías: la *idea* del complejo de dependencia en Mannoni, la *idea* ontológica en el R. P. Tempels, la *idea* de la «tropicalidad» en Gourou. ¿Qué se vuelve el Banco de Indochina en medio de todo esto? ¿Y el Banco de Madagascar? ¿Y el látigo? ¿Y el impucsto? ¿Y el puñado de arroz al malgache o al ñaque? ¿Y esos mártires? ¿Y esos inocentes asesinados? ¿Y ese dinero sangriento atesorado en vuestros cofres, señores? ¡Esfumados! Desaparecidos, confundidos, irreconocibles en el reino de los pálidos raciocinios.

Pero una desgracia pesa sobre estos señores. Y es que la comprensión burguesa se vuelve cada vez más renuente a los primores de la lengua y que los amos están condenados a apartarse de ellos cada vez más para, cada vez más, aplaudir otros medios menos sutiles pero más brutales. Es eso precisamente lo que le da oportunidad al señor Ives Flo-

renne. Y, es así como en efecto, a la palestra del periódico *Le Monde*, asoman sabiamente dispuestas, sus ofertas de servicio. Todo previsto. Garantía absoluta, eficacia a toda prueba, experimentos concluyentes realizados; se trata de un racismo —racismo francés— debilucho aún pero que de veras promete. Oigámoslo mejor.

Nuestra lectora [una señora que es profesora y que ha tenido la audacia de contradecir al irascible señor Florenne] siente al contemplar a dos jóvenes mestizos alumnos suyos un emocionante orgullo producido por la certeza de la creciente integración a nuestra familia francesa... ¿Sería su emoción la misma si viera, a la inversa, a la Francia integrarse a la familia negra (o amarilla o roja, da igual), es decir, diluirse, desaparecer?

Está claro que para el señor Ives Florenne lo que hace a Francia es la sangre, y las bases de la nación son biológicas: «Su pueblo, su genio, están hechos de un equilibrio milenario, vigoroso y delicado a la vez y... ciertas inquietantes oscilaciones en este equilibrio coinciden con la infusión masiva y a menudo riesgosa de sangre extranjera que ha venido sufriendo de una treintena de años a esta parte».

En una palabra: El mestizaje, he ahí al enemigo. ¡Nada de crisis sociales! ¡Nada de crisis económicas! ¡Crisis raciales solamente! Por supuesto, que el humanismo no pierde sus derechos (estamos en Occidente), pero oigamos esto:

«No es perdiéndose dentro del universo humano con su sangre y su ingenio como Francia será universal, sino permaneciendo ella misma. ¡Hasta esto llega la burguesía francesa a cinco años de la derrota de Hitler! Y es justamente en esto donde reside su castigo histórico: está condenada a tragar y volver a tragar, como por vicio, el vómito de Hitler. Porque, después de todo, el señor Ives Florenne seguía empeñado en pulir sus novelas campesinas, «dramas de la tierra», historias de mal de ojo, mientras que, con ojos de maldad diferente a la del rústico héroe de jettatura, Hitler anunciaba: «El objetivo supremo del Estado-Pueblo es conservar los elementos originarios de la raza que, al difundirse en la cultura, crean la belleza y la dignidad de una humanidad superior».

Esta filiación no es extraña al señor Ives Florenne.

Y no se preocupa de que le vaya a ocasionar molestias.

Muy bien. Tiene derecho.

Como no tenemos derecho nosotros a indignarnos por esto.

Porque, después de todo, hay que tomar partido y decirse, de una vez y para siempre, que la burguesía está condenada a ser cada día más arisca, a ser más abiertamente feroz, más impúdica, más someramente bárbara; que es ley implacable que toda clase decadente se vea transformada en receptáculo al que afluyan todas las aguas sucias de la historia; que es ley universal que toda clase, antes de desaparecer, deba antes deshonrarse completa, omnilateralmente y que, con la cabeza hundida en el estiércol, entonen su canto del cisne las sociedades moribundas.

(Del *Discours sur le colonialisme*, Présence Africaine, París, 1955.)

(Traducción de Magaly Muguercia)

